



## ORTEGA Y GASSET Y SU PENSAMIENTO PEDAGOGICO

### I. PRESENCIA DE ORTEGA Y SUS VIAJES

Entre los grandes filósofos contemporáneos, es Ortega quién más visitó nuestra Argentina, y testimonió por ella su singular amor. Trájole por tres veces el inapreciable regalo de su palabra chispeante y su ingenio agudo. Irradió desde la cátedra, el libro, la revista, el periódico, la frescura de su verbo, la hondura de su pensamiento, incitando en todas formas a filosofar.

Aquel 15 de Octubre de 1955, cuando acongojado solicitó a Rosa Spottorno —su mujer— inusitada ayuda, rogándole: “Rosa, orientame. No veo claro lo que ocurre”; y a su médico: “Quiero concentrarme para darme cuenta de mi situación y no puedo” (1), el mundo occidental veía apagarse irremediamente la maravillosa lámpara de su inteligencia. De ahí su angustia y su dolor. Se consumía su llama interior, en el mismo instante en que impertérrito quería darse cuenta de “su situación”, como si se tratase de un fenómeno objetivo, que era preciso dilucidar, que urgía ser develado. Nos daba de tal modo la última inolvidable lección.

Ha muerto exactamente como había vivido: buscando incansable “claridad sobre las cosas de la vida”. Más su espíritu le ha trascendido. Ha quedado prendido en las páginas

---

(1) *El viajero antiguo*. SUR, Bs. As., N° 241, julio-agosto, 1956, pág. 74.

sin cuento de sus obras. Desde cada una de ellas dialoga hurtando al tiempo sus escaramuzas. A veces, parécenos verle con su prestancia habitual, enmarcadas las cejas interrogantes o arrancándonos la carcajada al festejar la sal de sus decires irrepetibles.

Lo impresionante es, como acota Alvaro Fernández Suárez (2), que “no se le presentó la muerte de dentro a afuera, sino de fuera a dentro”. Ningún instinto le avisó que estaba en el paso final, ninguna voz interior le previó”. Como Goethe, con quién tan identificado estaba, pidiendo “Luz, más Luz”, claridades, cerró sus ojos ávidos de “Espectador” infatigable, insaciado aún de bucear, de “buscar en el cieno para cazar las perlas más valiosas” (III, 31). Siempre insomne su pupila, estuvo alerta: quería penetrarlo todo. ¿Hay por ventura, orto en los ámbitos del saber universal donde no haya atisbado vetas inéditas? Sociología, Ética, Estética, Psicología, Historia, Metahistoria, Historiografía, también la Pedagogía, le deben incitaciones y penetraciones. “Las palabras eran en su boca más palabras” — dijo Julián Marías (3). Universos mágicos, colmados de significación y de sentido, diremos mejor.

Sí. Universos mágicos, cuya develación va adentrándonos en mundos ignotos. Pues el nuevo émulo de aquel de los siete sabios de Grecia que viajó “filosofando” por el afán de saber, Ortega, viajó, deambuló setenta años por el planeta. Quería “ver” por sus propios ojos toda la realidad visible e invisible. Más no como “turista” que “ve a lo ancho y no prende nada, no percibe el papel de cada ingrediente en la arquitectura dinámica de la campiña” (4). Más bien como el cazador, en actitud alerta. “Hay uno de los sentidos del cazador —aclara— que en todo instante tiene que actuar infatigablemente... el de la vista. Mirar, mirar y remirar, a

---

(2) Idem idem, pág. 75.

(3) *Filosofía española actual*. Calpe.

(4) *Obras Completas*, 3ª ed. Madrid, Rev. de Occidente, 1957-58, VI, 489.

toda hora, en todas direcciones y en cualquier circunstancia. Mirar según se va marchando, mirar en los descansos, mirar mientras se merienda o se enciende un cigarro, hacia arriba, hacia el terreno que ya hemos recorrido, a las crestas, a las poyatas y canales, con los prismáticos y a simple vista". Al fin, él es cazador del meollo de las cosas. Cazador de intimidades, de "ultimidades". ¿Su mayor éxito? "Apresar el corazón de la realidad, en el palpitante arco iris de la existencia..." (5) tal cual fluye ante él.

Existen para Ortega dos modos de mirar: hacia afuera y hacia adentro. Viajar, pertenece al primer tipo. Escuchémosle describirlos: "Para escribir, para meditar, es preciso recogerse hacia el interior, reconcentrarse, volver la atención de espaldas al mundo y operar sobre el botín que dentro se tenga". El ojo es interior. Va y viene entre el bosque de ideas como sobre cabezas reales. Las recorre, las jerarquiza, las fulmina. Cuando viaja, se revierte sobre las cosas —las cosas "santificadas"— que esconden en su seno inéditos secretos. "Nuestro organismo —apunta—, en "Viajes y países" (6), adopta una actitud inversa. Anula toda actividad interior y envía atención a la periferia. Somos puros ojos, puros oídos, piel, pituitaria. Vivimos solamente en la línea de nuestras fronteras con el mundo del cual aspiramos a recibir la mayor posible cantidad de datos".

Cazar y viajar, meditar, son modos de mirar. Uno el hilo de conexión: saber *lo que son las cosas*. Ir y venir por Castilla o Galicia, por Vasconia o Andalucía, tiene una razón de ser, y sólo una: saber qué cosa es eso que se llama "España". Embarcarse para Marruecos, para Estados Unidos, Holanda o la Argentina, es voluntad de despejar incógnitas. Y hay que explorar el "Universo" entero, en profundidad, y en superficie. Penetrar trasmundos ignotos, transformar la "tierra incógnita" en paisaje familiar "aprehendido", en ese movimiento de garra mental del espíritu cazador de verdades.

(5) Idem, tomo II, pág. 15.

(6) "Viajes y Países, Rev. de Occ., 1957, pág. 106.

Desde 1902 a 1910 corren años de mocedad. El Imperial, El Faro, Europa, van fogueando el noble metal de su pluma y el insobornable culto a la verdad. Vigorosamente denuncia los filisteos de la poesía, que cual personajes volterianos, están persuadidos que si el pavo real pudiera hablar, vanagloriaríase de tener alma y diría que está... ¡en su cola! Las palabras se instituyen en ellos en el centro de gravedad de la poesía. No apuntan al foco energético: "dar sentido a la vida", no subrogarla. "Las palabras, adoctrina el imberbe escritor —son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y por lo tanto pueden emplearse como signos de valores, nunca como valores" (7). Y anuncia ya su admiración a los hombres de Grecia, que "edificaban sus palabras como sus templos".

En "Pedagogía del paisaje" (1906) (8), recoge severas enseñanzas: "Las dos grandes virtudes que ha de formar en el hombre la pedagogía, son la sinceridad y la serenidad". "Ambas la enseña mejor la naturaleza que todos los maestros del mundo". Todavía hoy tendremos que meditar sobre esta frase lapidaria: ¿La merece nuestra actuación docente o no? ¿es que educamos en la sinceridad o en la simulación de un saber que ni se busca ni se recuerda?

Pero a poco andar, nació "Adán en el Paraíso". Con él, *todos los problemas de la vida y del hombre*: "El hombre es el problema de la vida" (9). Adán no es la piedra que "yace sumida en un eterno sopor"... "Sueño denso que cae sobre la tierra: su inercia es su vida, es ella". Más ni piedra, ni animal, "*se percatan de que viven*". Y Adán en el Paraíso, es nada menos ni nada más que el débil soporte del problema infinito de la vida, el hombre rodeado de problemas infinitos. Y comienzan los interrogantes acuciadores. Como al lebel, le obligan a estirar, una y otra vez el hocico más allá

---

(7) Ob. Com., t. I, 48 (1906)

(8) Idem idem, 53, 1906.

(9) Idem idem, 481, 1910.

de las fronteras donde su planta no puede llegar, siempre hambriento de "ultimidades". Pues "¿Dónde está el horizonte, señores?".

"De dónde viene, preguntará una y otra vez Ortega en sus cursos de Madrid, ese "*apetito del Universo, de integridad del mundo que es raíz de la Filosofía?*". Sencillamente ese apetito que parece peculiar a la filosofía, es actitud nativa y espontánea de nuestra mente ante la vida" responderá proyectando generosamente ese afán de claridad que él quisiera ver mover por dentro a los hombres todos. El como Nietzsche —sin ser idealistas— anhelan devenir "Argonautas del ideal" y ayudar a develar los cien problemas que informen la visión del mundo, para vivir concientemente y verlo en una unidad. No es decente mantener el alma en compartimentos estancos. Problemas de la vida, de la educación, de la sociedad, de la historia ¿pueden aislarse? Artificialmente ; por qué no? Pero a condición de no olvidar no es la substancialidad, sino la "relación" la categoría vital máxima (10).

## II. VOCACION Y MISION

El impulso a filosofar le es connatural: "Era el filosofar mismo en persona", ha dicho finamente Fernando Vela (11). "El filosofar continuo que no se agota, ni se repite, ni se anquilosa, porque fluía sin cesar de una fuente permanentemente juvenil".

El mismísimo Ortega confiesa: "Mi vocación era el pensamiento" (12). Nutrida está desde los senos más íntimos de su ser, enraizada con su vitalidad primordial. Y hablando de vocaciones, explicitó cierta vez: "La vocación procede del resorte vital, y de ella nace, a su vez, aquel "proyecto" de sí mismo, que es en todo instante nuestra vida" (13). Reco-

(10) Idem idem, 114 y 481.

(11) *Evocación de Ortega*. Bs. As. Revista "SUR", N° cit, pág. 8.

(12) O. comp. t. II, 658.

(13) Idem idem, 658.

gió el llamado telúrico: “Acaso ese fervor congénito me hizo vez pronto —recalea— que uno de los rasgos característicos de *mi circunstancia* española era la deficiencia de eso mismo que yo tenía que ser por íntima necesidad. Y desde luego se fundieron en mí la inclinación personal hacia el ejercicio pensativo, y la convicción de que ello era además un servicio a mi país” (14).

De ahí su programa vital: arrancar a España y América de la miseria espiritual en que la tenía sumida el siglo décimo nono, al perdurar. “Hay que hacer nuestro quehacer”, es su liev motiv. “El perfil de éste surge al confrontar la “vocación” de cada cual con “la circunstancia”. “Nuestra vocación oprime la circunstancia, como ensayando realizarse en ésta. Esta responde poniendo condiciones a mi vocación” (15). Lanza en ristre —nuevo Quijote del espíritu—, emprende la marcha hacia el señorío de la luz sobre sí mismo y el contorno. Quería movilizar a sus compatriotas y al mundo de Occidente todo. Julián Marías, su más eminente discípulo, confíanos su juicio consagradorio: “Ortega significaba para nosotros la posibilidad misma de la filosofía”.

Ni aún la filosofía argentina podría dejar de suscribir la rotunda afirmación. Efectivamente. Evocando Alvaro Melián Lafinur (16) aquel ciclo de conferencias de 1926, en la novísima cátedra de “Cultura Hispana” creada entonces en la Facultad de Filosofía y Letras, trasunta los anhelos de Ortega e influjos de su actuación: “Voy a dar un ciclo sobre los problemas más actuales de la filosofía, habiase propuesto Ortega. Quisiera presentar el panorama de las investigaciones filosóficas según éstas se hallan en el momento que la guerra vino a interrumpirlas. Intentaré transmitir una impresión de la fecunda renovación en que la filosofía ha entrado”.

Hay que reconocer aún hoy, que es verdadero el impacto que significó en la promoción de los afanes filosóficos, la

---

(14) Idem idem, t. II, 351.

(15) Idem idem, t. II, 350.

(16) *Ortega en Buenos Aires*, La Nación, 13 de Mayo de 1956.

presencia de Ortega, que alcanzó la categoría de “suceso”. Ejerció sobre aquel medio una positiva y fecunda influencia en el sentido de despertar vocaciones, de avivar curiosidades proficuas, de estimular el estudio de verdaderos y novedosos problemas, de promover inéditos temas a la dilucidación de sus colegas argentinos”. Y tendríamos aún que agregar: rompió el cerco positivista y las estrecheces de los especialistas. A todos interesó, en mayor o menor grado, la temática filosófica. Conferencias, seminarios, charlas, fueron punto de reunión de literatos, críticos, artistas, profesores de filosofía, psicología, historia, que rodearon al disertante brillante y ameno, al misionero de la filosofía. Desde entonces el contacto no cesó a través de “Revista de Occidente”, “Sur” y su editorial famoso, que iba entregando a sus lectores las últimas investigaciones de los máximos ingenios.

Así el diálogo con Ortega no cesó más. Adoctrinaba, guiaba, esponeaba a sacudir la modorra mental. Sus otros viajes —1928— ya ilustre en el mundo occidental, y el 1939-42, cuando al decir de Julio Noé, en “Ortega en la Argentina” (17), llegó adolorido por la tragedia de su patria y por la nueva tragedia de Europa —de esa tan amada Europa—, no han hecho sino acrecentar deudas y veneración.

### III. LA VIDA EL TEXTO ETERNO DE TODA TEMATICA FILOSOFICA

“La vida es una realidad extraña, de la cual lo primero que conviene decir es que es la *realidad radical*, en el sentido de que a ella tenemos que referir todas las demás, ya que las demás realidades efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella” (18).

“La vida es el texto eterno, la retama ardiente al borde del camino donde Dios da sus voces” (19). La vida viene a

(17) *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Abril-junio, 1957, pág. 167.

(18) O. Comp. t. VI, pág. 13 (1941).

(19) O. Comp. t. I, 357.



instituirse en el nuevo meridiano de la tarea filosófica. Nada de substancialismos ni estatismo, sino el móvil dinamismo de la problemática vital, y el hombre en su centro.

Conocimiento, eticidad, historia, educación, todo se da en esa nueva realidad inédita y última, realidad de realidades. Descartes había encontrado como realidad última su conciencia. ¿Pero cuál es el sustentáculo, lo sustante, el indubitable soporte de su pensar? Algo atisbó el viejo padre de la filosofía moderna, en el mismo instante que se le escurría de entre las manos y se encerraba en el mundo de las ideas. No! dice Ortega. Hay que roer de raíz esa pertensión. No hay *pensar* sin *existencia*, ni un pensar por puro deleite. El “Cogito” idealista —que tanto sorprendió en su tiempo— y no la *forma* de Aristóteles o la *idea* de Platón, que a su hora parecieron intolerables paradojas” (20), no son *la realidad sustante*, el soporte de todo, *la realidad última y primordial*: es la vida. “Nuestra vida, la de cada cual”. Esa sí es indubitable! La primera verdad firme. “La vida no es misterio, sino al contrario lo *patente*, lo más patente que existe, y de puro serlo, de puro ser transparente nos cuesta trabajo reparar en ello”. Patencia es a la vez radical presencia y verdad indubitable: el núcleo metafísico y gnoseológico: “ultimidad del ultimidades”. Y “vivir es encontrarse en el mundo”, como Adam en el Paraíso.

“*Soy Yo y mi circunstancia*”: mi yo concreto, mi circunstancia concreta el nuevo punto de partida del filosofar (21).

Acción, contemplación, arte, técnica, cultura, tienen allí su punto de sustentación. Todo se explica y confluye en *mi vida*. No para anegarme en ella, y vivirla vegetando, y ahogándose en ella, sino para salvarla a ella, salvándome yo mismo.

¿Por qué piensa el hombre? Por mero capricho, por lujo?

---

(20) Ob. Inéditas. Rev. de Occidente, 1918. *¿Qué es la Filosofía.*, págs. 242 y ss.

(21) Ob. Comp. T. I, 437 (1910); y 319 (1914).

No hay tal: piensa, porque *necesita desenmascarar el enigma que le rodea*. El pensamiento no es simple función de un órgano, sino la faena exasperada de un ser que se siente perdido en el mundo y aspira a orientarse. “Si la vida no fuera en su raíz, un encontrarse extraviado en un contorno cuyas vías desconoce y donde no sabe cómo ha caído ni cómo podrá salir, el pensamiento no existiría, y la máquina intelectual del hombre, o no habría llegado a desarrollarse, o yacería atrofiada en los desvanes del organismo. Pero, por fortuna, vivir es descubrirme a mí mismo sumergido en un medio que me es extraño, que me niega constantemente, y donde avanzo rodeado de fisonomías enigmáticas, de esas que llamo “cosas” las cuales unas veces me son favorables y otras adversas” (22). Sólo funcionando, ejerciendo una función vital, el pensamiento tiene sentido.

Y esas “cosas” en el decir más lato ortegiano, incluyen a otros hombre y “todo lo que se adelanta hacia mí como avanzada, a la cual le doy toda clase de nombres redondos: mundo, orbe, universo” —y que tengo que descifrar.

El hombre *necesita* pensar para vivir, como respirar o alimentarse.

Contemplación y acción no pueden desunirse. “La vida nos es dada —adiverte— pues no nos la damos a nosotros mismos, sino que nos encontramos (como Adán), existiendo, *arrojados en el mundo*, en una *circunstancia* (23), pero tenemos que *hacer nuestra vida*, cada cual la suya: “La vida es quehacer”. “Y lo más grave de estos quehaceres en que la vida consiste, no es preciso hacerlos, si no en cierto modo, lo contrario — quiere decir que nos encontramos siempre forzados a hacer algo, pero

---

(22) O. Comp. VI, 351. En T. III, 164, escribe: “El pensamiento es una función vital, como la digestión o la circulación de la sangre”. Pensamientos semejantes: IV, 841; V, 29, 304, 307 y s. 472. Tomo VI, 30 y s., 90 y 341.

(23) Véase el anticipo a Heidegger y a Jaspers. El estar en el mundo del primero ya expresado en 1910-1914. Y la circunstancia o situación del segundo, como aquello que “mi existencia es un ser que no es, pero puede ser”.

no precisamente algo determinado, que no nos es impuesto, éste o aquél quehacer, como le es impuesto al astro su trayectoria o la piedra su gravitación" (24). No. El hombre tiene que elegir.

Cada hombre tiene que hacer su propio proyecto vital: elegirse. Ser algo con plenitud, irrevocablemente. Cada hombre tiene algo absolutamente propio, único, intransferible que tiene que llegar a ser. "No hay vida sin vocación, sin llamada íntima", repiquetea Ortega. Y atención! Principalmente al hombre argentino le han sido dirigidas estas palabras: "Yo creo que son sobremanera insólitos en Argentina las vocaciones profesionales; o dicho inversamente, que el argentino típico no tiene puesta su vida, de manera espontánea, a ninguna ocupación particular" (25). No mana de ese hontanar recóndito donde se nutre nuestro imperativo vital. A nosotros, como a Goethe podrá reiterar Ortega aquello de la "vocecita interior" que menta en "Goethe desde dentro: "Tienes que ser" y él se defendía: "Ya estoy siendo, pues que actúo sin cesar; hago pucheros, hago vasijas; no descanso un minuto!". "No basta — proseguía la vida". No es puchero o vasijas lo que importa. No basta con actuar. Tienes que ser "tu yó", tu individualísimo destino. Tienes que resolverte... irrevocablemente". (26).

#### IV. METODO Y ESTILO: ORTEGA MAESTRO

"En filosofía no suele ser la vía recta el camino más corto" — declara paladinamente. ¿Razones?: "Los grandes temas filosóficos sólo se dejan conquistar cuando se les trata como los hebreos a Jericó — yendo hacia ellos curvamente, en círculos concéntricos, cada vez más estrechos e insinuantes" (27). Por eso todos los asuntos que toquemos, aún los que tengan un primer aspecto literario, reaparecerán una vez y

(24) Ob. Comp. VI, 13. (25). Comp. II, 658.

(26) Madrid, Rev. de Occidente, 1933, pág. 44.

(27) Ob. Inéditas. *Qué es la filosofía*, cit., pág. 40.

otra en círculos posteriores de radio más estrecho y exigente. Con frecuencia hallarán ustedes que lo que un día tuvo sólo el cariz de una pura frase o de un adorno metafórico, surgirá otro día con más grave gesto de riguroso problema”.

Las metáforas trazan raudas la imagen viva. No son sólo relámpagos iluminantes. Su claridad fosforescente no bordea sólo el contorno, insufla vida, “pone en marcha”, vitaliza la idea. Son instrumentales, dinámicas, sugiere Julián Marias. Polarizan pensamientos en torno a objetos, lo des-velan, los estrujan hasta que destilan su verdad. Otras veces son las paradojas las que sacuden las fibras de la inteligencia captadora.

A su indiscutible originalidad, Ortega, agrega la maravilla de su vívido y tocante estilo: fulmina el corazón de la verdad, tras el rodeo de hábil cazador. Disiento totalmente con María Zambrano (28) que sostiene: “La claridad, y la belleza de la forma son uno de los mayores peligros que amenazan la comprensión del pensamiento filosófico”. Jamás tuviera Ortega el radio de influjo filosófico si su estilo fuera seco, anti-vital. La encantadora naturalidad, su chispa, dan fuerza genuina al decir. La Filosofía se despliega, vibra el calor de la idea expresada con tanta sal. “Nada de pensamientos isleños y abruptos nos ha enseñado. ¿Qué se gana colocando al público frente a un acantilado inasequible? “Hay que buscarles una fisonomía placentera, atrayente”. El fino rastreador de diferencias entre el “paisaje utilitario” y “el deportivo”, sabe de las cegueras insanables y de las riquezas insospechables de uno y otro. Especialmente el filósofo ha de mantener el aire de fiesta y deportivo: “Nos iremos aproximando por círculos concéntricos, de radio cada vez más cortos e intensos, deslizándonos en espiral...” (29). Por ello todo asedio filosófico debe ser marcha jubilosa, pues “*despierta la conciencia por los problemas*, que son el drama ideal”.

Su método es despliegue de magistral mano. Hay geniali-

---

(28) *Unidad y sistema en la filosofía de Ortega*. SUR, N° cit, pág. 40.

(29) *Inéditas. Qué es la filosofía*, pág. 40.

dad docente innegable. Desafía aquellos clásicos modelos platónicos en un plano más humano y hace de la filosofía una tarea viva. Comienza en el bosque, con los colores y los sonidos, el juego policromado y atrayente, el tono festivo. Por rampas ascendentes nos hace trepar hasta las cresterías de los conceptos. Trae sabor de bíblicos parábolas, de sentido concreto, que salta como la presa al cazador, palpitantes aún. La vida no ha escapado todavía.

Triunfo de “claridad latina” y “profundidad germana”: la superficie se va rasgando para dejar ver lo profundo y oculto. ¿No es que la fenomenología de Ortega es más fielmente descriptiva que la de Husserl? ¿No nos entrega el concepto pleno de intuitividad y sin embargo ya concepto? Y qué expansión da al mensaje filosófico. ¿Cuántos pueden leer a Husserl? ¿Quiénes no pueden leer a Ortega y ensanchar su problemática filosófica?

“Aspiraba —comenta Ferrater Mora<sup>(30)</sup>— a inyectar a la cultura española un elemento que necesitaba: la reflexión”. Su método es incitante y responde a su programa vital. “El filósofo de hoy se siente ante la filosofía en un estado de ánimo opuesto al que sus colegas de la anterior generación usufructuaban”, pregona. Hay que hacer descender la filosofía al plano del vivir cotidiano y condimentar sus quehaceres con una pizca de sal de vida. ¿Cómo movilizar los hombres al ejercicio de su misión, para que dejen de vegetar en mera vida biológica? Hay que rechazar los métodos herméticos y gestos prohibitivos y cifrados, de la pedagogía al uso.

“Mi propósito —declara— en este ensayo<sup>(31)</sup>, se reduce a empujar la curiosidad de mis lectores habituales hacia pobres y apartados problemas poco frecuentados”. Despertar a los problemas, y cual nuevo Sócrates torpedear su quieta ignorancia satisfecha, y echarlos a andar por esos sus caminos “de andar y de ver”. Por eso la presentación de temas hondos en

---

<sup>(30)</sup> *La filosofía de Ortega*. SUR, 1958. pág. 18.

<sup>(31)</sup> Ob. Inéditas, *¿Qué es la Filosofía*. pág. 25.

la manera atrayente y festiva de tono deportivo, seguro de hallar, a su hora, el enfrentamiento más cabal y enérgico. Tal la nueva pedagogía de glándulas internas.

#### V. PEDAGOGIA DE ADAPTACION Y PEDAGOGIA DE AUTOSUPERACION

La pedagogía de adaptación, movida por un “miope utilitarismo” (32), “tiende a podar en el niño y el adolescente toda la fronda del deseo”. Sin embargo grita Ortega en él, sigue viviendo el apetito primario “presto a transformarse” en voluntad: “El deseo nutre el querer, lo excita, gravita sobre él, moviéndolo a ampliarse, a ensayar una vez y otra la realización de lo que ayer era imposible”. Aparentemente impráctico —dirá— es útil como regulador de la voluntad y otras funciones psíquicas. Si podamos sus deseos ¿dónde tomarán su fuerza los ímpetus de ensayo y el círculo de la voluntad? “Una pedagogía de secreciones internas cuidará, por el contrario, de fomentar los apetitos, formando un abundante stock de ellos en el alma juvenil”. Será el punto de apoyo para impelerlos a un destino inédito, personal.

La pedagogía de adaptación despersonaliza. Pierde todo impulso virgen y tiene que ser rechazada. Ortega comienza por la salud vital para llegar a la salud espiritual. “Por lo pronto tenemos que asegurar la salud vital, supuesto de toda otra salud. Y el sentido de este ensayo no es otro que inducir a la pedagogía para que someta toda la primera etapa de educación al imperativo de la vitalidad. La enseñanza elemental debe ir gobernada por el propósito último de producir el mayor número de hombres vitalmente perfectos. Lo demás, la bondad moral, la destreza técnica, el sabio y el “buen ciudadano” serán atendidos después. Antes de poner la turbina necesitamos alumbrar el salto de agua”. Tal el programa trazado en el Espectador III<sup>o</sup> (33).

---

(32) Ob. Comp. II, 291.

(33) Ob. Comp., II, 293.

Dedica al sentimiento —tan carente de utilidad para una pedagogía de adaptación— páginas dignas de una extensa glosa, sobre todo por la singular coincidencia de fondo con Rabindranaz Tagore (34), en quien tanto influyó el elemento emocional y del que espera tanto para la educación. Ortega como Tagore, piensa que repercuten en la vitalidad. Son, diríamos la corriente eléctrica en el circuito, obrando y reobrando ininterrumpidamente. ¿Acaso las porciones de la psiquis entumecidas, inertes, bajo la ráfaga ardiente no cobran calor? De ahí la clamorosa exigencia de atmósfera de sentimientos audaces y exaltivos que debe envolver la tarea educativa, tanto del lado del educador como del educando. Con Luiz de Zulueta podemos repetir —seguros de interpretar a Ortega—: “No frenos, estímulos superiores!”

“La invasión de Froebel con el juego dentro de las aulas tristes, sonaron a paradójica, porque entró con demasiada seriedad adulta”: más mito, más poesía, subraya. “El hombre mejor no es nunca el que fué menos niño”. “Hagamos niños perfectos, abstrayendo en la medida de lo posible de que van a ser hombres; eduquemos la infancia como tal, no por un ideal de hombre ejemplar sino por un standar de puerilidad” (35).

Estamos, estrictamente hablando, en el principio de respeto al sujeto, aquel zarandeado hallazgo de Rousseau. Ortega antirousseauiano declarado en otros temas, lo reconoce lealmente. “Cual fué —pregunta— el gran paso de la Historia en tera de la Pedagogía? Sin duda aquel viraje genial inspirado por Rousseau, Pestalozzi, Froebel y el idealismo alemán. En la enseñanza —y más general en la educación— hay tres términos: lo que había que enseñar —o el saber— el que enseña o maestro, y el que aprende o discípulo. Pues bien, con inconcebible obsecación, la enseñanza partía del saber y del maestro.

---

(34) Obra escogida. Aguilar s/f. Ver Prólogo de Ortega, pág. 61. En él muestra Ortega cómo en el poeta indio oriente y occidente se unen.

(35) Ob. Comp. II, 300.

El discípulo, el aprendiz no era el principio de la Pedagogía. La innovación de Rousseau y sus sucesores fué simplemente trasladar el fundamento de la ciencia pedagógica del saber y del maestro al discípulo y reconocer que éste y sus condiciones peculiares es lo único que puede guiarnos para construir un organismo con la enseñanza" (36).

La incomprensión de la vida infantil provienen del desconocimiento de la arquitectura interior y del falso planteo del problema del medio: Los adultos juzgamos los actos del niño suponiendo que estos se hallan sumergidos en el mismo medio que nosotros y el niño es un "yo y una circunstancia" — la suya y no la nuestra. Hay que descender al manantial mismo de donde mana la vida ascendente e hincando en ella, preparar, *no para una vida hecha, sino para una vida creadora, de permanente autosuperación.*

#### VI. FILOSOFIA DE LA EXISTENCIA HEROICA: CONSECUENCIAS FORMATIVAS

"Cada cual es el que tiene que llegar a ser, aunque acaso no consiga ser nunca" (37). "Vivir es precisamente la inexorable forzosidad de determinarse, de encajar en un destino exclusivo, de aceptarlo, es decir resolverse a serlo" (38). Y es tan imperiosa esa exigencia que si no la cumplimos dejamos de ser algo personal y nos sumergimos en la mera vida biológica.

"Tenemos que realizar nuestro personaje, nuestra vocación, nuestra *entelequia*. Tal el imperativo de vida personal, sin titubeos. Tal el raro privilegio del hombre. No afrontarlo es des-vivirse, flotar sobre la vida, devenir "fantasma", "personalidad tullida" que se desplaza de aquí para allá, cual mero espectador vacío de emociones.

Porque "vivir es hallarme en un ámbito de temas, de asun-

(36) *El libro de las misiones*. Buenos Aires. Austral, 1930, pág. 72.

(37) *Goethe desde dentro*. Madrid. Rev. de Occidente, 1933, pág. 22.

(38) *Goethe desde dentro*, idem pág. 43.



tos que me afectan". Y quiera o no tengo que enfrentarme con una montaña de problemas y sobre todo sobrevivir, no naufragar y hundirme, en la multitud impersonal y anónima. La vida no es mero objeto: consiste, precisamente, en la ejecución de *nuestro proyecto*, de mi proyecto vital, único, intransferible, original. Mi vida no es nada corpóreo ni espiritual: aún no es: *tiene que hacerse para ser* (39) y quién la hace soy yo, yo sólo frente a todo lo que constituye mi mundo", o sea *mi circunstancia*. En este sentido mi vida humana, en cuanto tal, es la "pretensión de ser esto o lo otro" (40).

Protagonistas y novelistas a un mismísimo tiempo, somos centauros seminaturales, semimitológicos. Estamos en la vida cual quillas mitad en la playa mitad en el agua: ¿permaneceremos anclados o levaremos anclas?

Obras son, las que en lucha dinámica incansable con el contorno, comprimiendo mi circunstancia, me harán conquistar mi personalidad. En la vida el impulso heroico y batallador es el decisivo. Nada de quietismo o indiferencia. Nos dirá el Espectador: "Nuestras almas como vírgenes prudentes necesitan vigilar con las lámparas encendidas y en actitud de inminencia". "Lo viejo podemos encontrarlo donde quiera: en los libros, en las costumbres, en las palabras, en los rostros de los demás. Pero lo *nuevo* que hacia la vida viene, sólo podemos escrutarlo inclinando el oído pura y fielmente en los rumores de nuestro corazón: "Escuchas de avanzada, en nuestro puesto se junta el peligro y la gloria" (41).

¿Será necesario destacar el sentido formativo eternamente incitante que emana de la filosofía de la existencia personal como militancia heroica, afanosa de devenir seres personales, para declarar estas páginas de Ortega un billantísimo alegato de una pedagogía de alto nivel humano y personalizador? Y ésta sí una pedagogía de validez atemporal, a pesar de Dilthey,

---

(39) *Meditación sobre la técnica*. Madrid, Rev. de Occidente, 1939, pág. 91.

(40) *Goethe desde dentro*, pág. 42.

(41) Ob. Comp. II, pág. 21.

porque la vigencia de la tarea personal evapora todo abstraccionismo del ideal universal.

La filosofía de la existencia concreta echó sus cimientos hacia 1910-14.

Más de medio siglo pasados sobre sus contextos, no le han robado novedad. Y es que el existencialismo de Ortega, tal como lo anticipó, adelantándose a Heidegger y a Sartre, no es negativista como en "Ser y Tiempo" (1927) o "El ser y la nada" (1943). Tampoco le supera el de Marcel ni el de Jaspers. Ortega busca más acá de la nada y de la trascendencia mística de los últimos una trascendencia histórica concreta. Quizás Abagnano con su existencialismo positivo, es a su pesar o no, más ortegiano que lo que generalmente se cree.

El existencialismo heroico y propulsor de Ortega es el antípode, exactamente hablando, del ideal pesimista y del ideal vegetativo del andaluz, tan magistralmente trazado en "Viajes y Países" (42), al verlos sobrevivir en su tierra ubérrima, con esfuerzo mínimo. No es la holganza su rasgo más sutil, si no una fórmula de cultura que no entraña en su actitud vital, tarea: "Vivir, para ellos, es a un tiempo recibir de fuera el sustento y gozarse en recibirlo".

Es actitud pasiva al medio: "Con su raíz recibe el nutrimento telúrico, con sus hojas bebe del sol y del viento. Vive, pues este pueblo referido a su tierra adscrito a ella en forma distinta y más esencialmente que otro ninguno".

Realmente vida biológica, no vida humana, espiritual, creadora. Vida latente sin impulsos superiores. No se lanza por sí hacia un futuro inédito. Es, no se hace, no se plasma por sus propias manos, todo lo recibe.

De ahí: ¿cuál debe ser el ideal formativo?

"La ciencia pedagógica —estipuló Ortega bien claro (43)— tiene que comenzar por ser la determinación científica del *ideal pedagógico*, de los fines educativos". Es la

---

(42) *Viajes y países*, pág. 87.

(43) Ob. Comp. Tomo I, 508.

suya pedagogía filosófica y teleológica. Todo lo demás viene luego.

Aceptado que se busca el hombre: ¿Qué hombre? hay que preguntar: “Qué idea del hombre tendrá el hombre que va a *humanizar* vuestros hijos? Cualquiera que sea, la impronta será indeleble”. Importa, pues, dilucidar cuál es el hombre arquetípico a que aspira. Ortega ha dado su categórica respuesta:

“El hombre, cada hombre tiene que decidir a cada instante lo que va a hacer, lo que va a *ser* en el siguiente. Esta decisión es intransferible, nadie puede sustituirme en la faena de decidir mi vida” (44). Toda respuesta es pues *personal*. No podemos —no debemos— fabricar hombres en serie. La responsabilidad sobre su *destino* la tiene cada uno, pero ha de ser todo un hombre y enfrentar su tarea. La suya. “*Toda vida nueva tiene que estar hecho con una materia cuyo nombre es autenticidad*” (45). El educador tiene que preparar esa ruta! Ortega, Spranger, María Montessori, Gauding, se reencuentran en un mismo alto nivel de ideal personal y el educador guía: orienta, desata los resortes anteriores. No impone como en la pedagogía de adaptación y utilitaria.

## VII. AUTENTICIDAD Y VOCACION

No hay vida auténtica sin vocación, pues no hay realmente “proyecto” propio, irrevocable, sin impulsos profundos, sin llamado desde dentro. De las profundidades anímicas vienen los impulsos y apetitos profundos, con fuerza realmente arrolladora, cósmica, elemental, capaces de empujar la acción. “Todas las vocaciones llaman a la persona fuera de sí, y hacen que su vida consista en un olvido de sí misma, en un radical entusiasmo y entrega a aquellas cosas”.

(44) *En torno a Galileo*, Tomo V, pág. 23.

(45) Ob. Comp. Tomo IV, pág. 327. Ortega subraya su expresión y agrega: “oigan bien estos jóvenes, que si no están perdidos, ya que empiezan a estarlo”.

Ese reajuste íntimo entre vocación y realización da la forma de vida personal. El hombre puede ser hombre de ciencia, u hombre de negocios, u hombre político, u hombre religioso ,porque todas esas formas son, necesidades constitutivas e inmediatas de la condición humana (46). Pero tiene que ser él y no otro. La metafísica de la existencia personal y heroica, implica no sólo que cada cual encuentra su "camino", su ruta, sino que se entregue de lleno a "ser" eso que "quiere ser". Lo contrario, inautenticidad, insinceridad, es destrucción, aniquilación de sí mismo.

Y pasando revista Ortega a quienes son los hombres que más se han entregado a su destino, escribe: "El europeo es, de todos los hombres conocidos, hoy y ayer, el que más se entrega. Ni el asiático ni el greco-romano han sentido tan esencialmente la vida como misión, como servicio a algo, más allá de él mismo". "Por esta razón ha sido el más creador".

"Vivir, para él consistía en hacer cosas. El estoico aguanta con dignidad la vida; es decir el destino, que ve por tanto, como un poder cósmico externo a él tal cual la roca vería el mar que la bate. El europeo se entrega a la vida, al destino, y, por lo tanto, *hace del destino su vida misma*, la toma y la acepta. A esto le llamo sentir la vida como misión".

Más he aquí lo indiscutiblemente interesante para nosotros: Ortega afrontó su vocación de claridad y se impuso como misión llevarla, difundirla, llevar la luz a todas partes. Y vino con su tea encendida a Argentina y no retacó su diagnóstico. Amargo diagnóstico que debemos meditar. "Callar —escribe— es dejar de decir lo que se puede decir" y nos dijo su tremenda verdad: "El argentino es un hombre admirablemente dotado, que no se entrega a nada, y que no ha sumergido irrevocablemente su existencia en el servicio a alguna cosa distinta de él"... "El argentino tiende a resbalar sobre toda ocupación o destino concreto; no se da a él

---

(46) *Del estudiar y del estudiante*. La Nación, 23 de Mayo 1933.

(47) Ob. Comp. Tomo II, 658 y ss.

con plenitud, se queda en reserva tras él". "Todo lo que el sujeto haga en tal disposición parecerá no más que además de finta"... "no resolviéndose a olvidar su propio ser en algo más allá de él, a sumergirse en alguna misión, es un hombre que no acepta el destino. Sabe sufrirlo con admirable entereza —el hombre del Plata es muy bravo ante el destino— pero no lo asume" (48).

Y esto sí que es sintomáticamente grave: ahondando Ortega el tema, apunta que sin embargo no es un egoísta sino un frenético idealista: "El argentino vive atento, no a lo que efectivamente constituye su vida, no a lo que de hecho en su persona, sino a una figura ideal que de sí mismo posee". Pero no es tampoco un ideal y sus precisiones: hombre político, sabio, sino una imagen que le gusta (Yo diría que le gustaría ser) y no se pone a realizarla, sino que vive como si la hubiera realizado con solo pensarla, pues la imagen de las posibilidades se convierten en efectividades". "Vive entregado no a una realidad sino a una imagen", y esto sí que es aleccionador en grado sumo, porque implica vivir de una ilusión".

Tendremos que "preocuparnos" por lo que de verdad o error tenga el diagnóstico de Ortega. Y si encontramos, en algún punto, vetas de validez, nuestro deber es apuntar hacia la búsqueda de antídotos eficaces, e ir dosificándolos lentamente a través de la acción formativa.

Formar, es perfilar un hombre auténtico, pleno, sincero consigo mismo y eficiente. "La Pampa, promesas..., intuitiva Ortega la iniciación del ensayo. "El hombre a la defensiva" el afrontarlo. ¿Tendremos que inscribir en un futuro próximo la réplica: La Pampa, realidades... El hombre en lucha por su autenticidad? ¿O nos quedaremos con el diagnóstico?

Capacitarnos para la conducción de las nuevas generaciones, es ya la primera jornada de la lucha. Busquemos con el

---

(48) Ob. Comp. Tomo II, 659 y ss.

mismísimo Ortega penetrar en los recónditos hontanares de la intimidad, descendamos ahora hasta las fuentes primarias de donde mana la vida ascendente o decadente. Desde allí mismo tendremos que comenzar la tarea. Dejémosnos conducir por el Maestro tan hábil en el manejo de bisturí antropológico, releendo o desleyendo —como quiera Ortega— aquel magnífico ensayo del Espectador V (49), en el cual ya en 1924, (tres años antes del “Puesto del Hombre en el Cosmos” de Max Scheler), Ortega traza su “Antropología Filosófica”, restándole originalidad al más leído de los libros del pensador alemán.

#### VIII. VITALIDAD, ALMA, ESPIRITU: ESTILO DE VIDA Y LA EDUCACION.

Ortega no hace pedagogía de superficie, como la empírica. Bucea en lo profundo, conduciéndonos a sondear cual buzos de lo humano, las profundidades del ser del hombre.

¿Quién no se ha deleitado en aquellos paisajes infra humanos y oscuros senos de la intimidad? ¿No marchamos en virtud de su mágico poder, por las invisibles fraguas de nuestros actos, deseos, impulsos, como por paisajes soleados de cualquier lugar de la tierra? Los orbes abismáticos e inéditos nos van entregando sus secretos: “Vitalidad”, raíz del árbol de nuestro vivir conciente, plinto de la estatua de nuestra personalidad original, tesoro de energías de donde brota el gesto heroico, la vida ascendente o la debilidad y apocamiento de la vida descendente.

Nada clara y poco iluminada, más delimitada aún, y hundida, yace el oculto hontanar de los grandes deleites y las grandes angustias. La misteriosa región del sentimiento, los apetitos: *el Alma*, estrictamente hablando. Mejor: “mi alma”, porque mientras “vitalidad” me vincula con lo genérico y específico, “mis” dolores, angustias y sufrimientos, son sólo

---

(49) Ob. Comp. II, 451 a 480.

míos. Me pertenecen, son absolutamente propios <sup>(50)</sup>. “*Espíritu*”, el más breve de los orbes interiores, recinto el más estrecho y privativo, es de donde manan actos conscientes —relámpagos mentales—, y decisiones “fulminantes” ’’Llamamos “espíritu —advierte Ortega— al conjunto de actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor y protagonista” <sup>(51)</sup>. Breve isla flotante en el ilimitado fondo oscuro de la vitalidad y el alma, toma su jerarquía y poder conductor, de su vínculo con la supraindividual. “No vive de sí mismo, sino de la Verdad, de la Norma, de un mundo objetivo del cual recibe su peculiar textura” <sup>(52)</sup>. Sus raíces y fundamentos están en el orbe de los valores.

Cada edad tiene su ecuación propia y de ahí su estilo de vida.

El niño vive principalmente de su cuerpo, muy poco de su alma y casi nada de su espíritu. Toda pedagogía que permita “déficit” vital, propugna desde ese mismo instante, un estilo de vida descendente y una actitud pasiva. Fomentar la salud vital, es elevar el índice de vida personal. Aquí la “varita mágica”, será el cuento, el juego, el mito, la poesía.

La etapa juvenil implica “predominio del alma”. ¿Cómo no apelar a los estímulos formativos y la creación de una atmósfera incitadora de sabia comprensión y hábil conducción hacia valores supraindividuales.

¿Que el sabio es espíritu puro Regio! ¿Querremos por eso hacer sabios de un salto a los jóvenes? La “sabiduría de abeja milenaria de Ortega, nos ha dado la directiva. Con esa paciencia socrática inigualable, nos ha enseñado a escalar alturas apretando los giros ascendentes, mientras dentro resucenan épicas canciones tonificantes. El humanismo heroico y optimista de Ortega sabe de varitas mágicas que ha usar el educador, para que como Dante, pueda llegar a ser “sabio

---

<sup>(50)</sup> Ob. Comp. II, 562.

<sup>(51)</sup> Idem, 461.

<sup>(52)</sup> Idem, 467.

guía". Que para que cada cual talle su propia personalidad naciente, hay que desatar, en tiempo, ocultos raudales de energías y entusiasmos. No sea que tengamos que decirnos — como advierte Ortega—: "¡Pobre la vida, falta de elásticos resortes que la hagan pronta al ensayo y al brinco!" *Incitación. Estímulos superiores*, son las palabras que dan el sentido del hacer. No lo olvidemos nunca y tratemos a toda hora y siempre de descubrir los filones del noble metal que yacen adormidos en el alma del educando, y aunemos el sentido deportivo y el tono épico en nuestras hazañas formativas, orientadas hacia los valores supremos.

Más una etapa de la vida ha de ser destinada a estudiar, y en ella hemos de poner el condimento afectivo y volitivo en grado máximo.

Ortega ha dedicado atención especialísima al tema, en su curso universitario de 1933 (54). El estudiar como tipo exclusivamente humano del hacer, atráele cual auténtico problema vital. Sería encantador que "ser estudiante" suponga sentir vivísima urgencia por este u otro saber. Supone, no una apetencia más o menos vaga, curiosidad, afición, un amor superficial, sino, real y verdaderamente "un tener cuidado, esto es atención y cuidado extremos y rigurosa pulcritud". Viene de "euritas" (curar) y lo opuesto a "incuria" despreocupación, ausencia de cuidados"— subraya.

Si este preocuparse se ejecita mecánicamente, insinceramente, sin motivo suficiente, degenera en prurito y tenemos un vicio humano. Consiste en fingir cuidado por lo que nos da en rigor cuidado, en un falso preocuparse por cosas que no nos van de verdad a ocupar". Y continúa severamente Ortega llamando la atención del estudiante: "Porque la actividad, el hacer que la pedagogía regula y que llamamos estudiar es en sí mismo falso, acontece, lo que no suele subrayarse tanto como debiera, a saber: que en ningún orden de la vida sea tan constante y habitual y tolerado lo falso como en

---

(54) La Nación, 23, IV, 1933 (Ob. Comp. T. IV, pág. 545-554).



la enseñanza''. Y esto sí que debe concentrar la atención, no sólo del estudiante, sino del educador sincero y fervoroso. Agrega incisivamente el pundonoroso Maestro de Madrid, al inaugurar aquel curso de 1933:

“Yo sé bien que que hay también una falsa justicia, esto es que se cometen abusos en los juzgados y audiencias, pero sopesese con su experiencia a cada uno de los que me escuchan, si nos daríamos por muy contentos conque existiesen en la efectividad de la enseñanza más insuficiencias, falsedades y abusos que los que padecidos en el orden público. Lo que allí se considera como abuso intolerable —que no se haga justicia— es correspondientemente lo normal en la enseñanza que el estudiante no estudia, y que si estudia, poniendo su mejor voluntad, no aprende, y claro es que si el estudiante, sea por lo que sea, no aprende, el profesor no podrá decir que enseña, sino a lo sumo que intenta pero no lo logra”.

Y lo grave es que tal fenómeno tiene su significación cultural: Tal incongruencia entre el hacer humano que es el estudiar y el admirable hacer humano que es el saber, se irá pronunciando cada vez conforme aumenta y enriquece y especializa el saber. Así tendremos una cultura que se irá quedando en el aire, sin raíces de sinceridad y por debajo quedará el hombre inculco, es decir bárbaro”. En definitiva, envuelve la implicación de un *retroceso* cultural. “El estudiar se ha convertido en problema, porque es una *necesidad del hombre*, pero es una necesidad externa y es primariamente no necesidad de una ciencia, sino primordialmente, *enseñar la necesidad de enseñar una ciencia, y no enseñar la ciencia cuya necesidad sea imposible hacer sentir al estudiante*”.

Lo indispensable es, a todas luces, hacer coincidir el estudio con la vocación, base de toda auténtica actividad de estudiar y aprender, y piedra de toque de la supervivencia de la cultura y su avance.

Se exige pues desentrañar el sentido activo y querencioso del “dedicarse”. Ya que al hombre no le es dado dejarse vivir como la planta, sin más, antes bien *puede y tiene que*

*dedicarse a vivir*: entregarse deliberadamente bajo intransferible responsabilidad de nulidad a vivir de tal o cual modo.

Sin vocación, sin llamado verdadero no hay compromiso y hacer auténtico, como tampoco vida propia, personalidad. do, el estudiante tiene la tarea de *dedicarse a estudiar* <sup>(55)</sup>. y hacer auténtico, como tampoco vida propia, personalidad.

Sin vocación, sin llamado verdadero no hay compromiso y hacer auténtico, como tampoco vida propia, personalidad.

“Mientras las ocupaciones forzosas —sentencia— se presentan con el cariz de imposiciones forasteras, a éstas otras (las que consueñan con nuestro yo), nos sentimos como llamados por una vocecita íntima que las reclama desde secretos y profundos pliegues y acentos en nuestro recóndito ser”.

Y cuando existe el llamado, el hacer es cuidadoso, querencioso. Sólo con amor hay plenitud. Lo demás es contabilidad.

#### IX. PERSPECTIVA Y TRASCENDENCIA PERSONAL

Al abrir su pupila ante el mundo, con su enorme apetito de transparencia, Ortega se ha colocado ante la vida como ante un puro objeto. Mundo, Vida, Hombre, no son sólo superficie, ni palabras para dejar resbalar la mirada sobre ellas. Tras cada una se abren sustantivos problemas. Y el hombre, cada hombre, mira el mundo por sus propios ojos: “Donde está mi pupila no está otra; lo que de la realidad vé mi pupila no lo vé la otra”.

“Desde distintos puntos de vista, dos hombres miran el mismo paisaje. Sin embargo no ven lo mismo. La distinta situación hace que el paisaje se organice de otra manera. Lo que para uno ocupa el primer término y acusa con rigor todos sus detalles, para el otro se halla en el último y queda oscuro y borroso”. “Además, como las cosas puestas unas detrás de otras se ocultan en todo o en parte, cada uno de

---

(55) Artº cit., (Tomo IV, pág. 554).

ellos percibirá porciones del paisaje que al otro no llegan. Evidentemente, no; tan real es el uno como el otro” (56).

“Somos insustituibles, somos necesarios” (57).

“Cada individuo es un punto de vista esencial” (58). Cada uno tiene una misión intransferible de verdad.

“La verdad, lo real, el universo, la vida —como queráis llamarlo— se quiebra en facetas innumerables, en vertientes sin cuento, cada una de las cuales da a un individuo. Si este ha sabido ser fiel a su punto de vista, si ha resistido a la eterna seducción de cambiar su retina por otra imaginaria, lo que ve, será un aspecto real del mundo” (59).

“Evidentemente. La doctrina del punto de vista es el correlato gnoseológico de la metafísica de la existencia personal. Ortega con Dilthey, Bergson, Husserl, reniega de todo constructivismo deformante. Quiere permanecer fiel a la realidad. Ni racionalismo ni escepticismo. No hay punto de vista “absoluto”, paisaje visto desde un lugar “ninguno”, abstracto.

Ortega se anticipó a Pirandello, pues “La verdad de cada cual” y su “Seis personajes en busca de su autor”, son de 1917 y 1921 respectivamente. Nadie puede representar sino su papel.

Para Ortega, en el caso del paisaje, todas las perspectivas son absolutamente verídicas, auténticas (60). La perspectiva falsa “es la que pretende ser la única”. ¿Y entonces, por qué renunciar al derecho que asiste a cada uno a *ver* con sus propios ojos la realidad? ¡Alerta educadores! No os asignéis el papel de ojos únicos, infalibles para verlo todo. Dejad que cada uno vea por sí mismo! Ortega reclama *respeto a la peculiaridad de cada ser*, como la reclamaba Pirandello para sus personajes.

---

(56) Ob. Comp. III, 199.

(57) Ob. Comp. II, 1915.

(58) Ob. Comp. III, 202.

(59) Ob. Comp. II, 19.

(60) Ob. Comp. III, 202.

Las diferencias individuales, lejos de estorbar la captación de la verdad, la amplía. No matemos, pues, la alegría de descubrir que es el supuesto insustituible del ser personales. Que cada cual se sienta insustituible, responsable, necesario.

¿Qué en filosofía se bautice con el nombre de “utopismo”? ¿No es más duro el peyorativo que usa la pedagogía, al hablar de *pedantería*? ¿Cómo lo sabía ya Montaigne! Ortega lo rechaza porque destruye los cimientos de la personalidad responsable, la autenticidad, la misión de verdad. Aniquila el hombre.

Cada uno frente a “su circunstancia” ha de despejar sus problemas y resolverlos por cuenta propia. Su solución es única, diversa a la de su vecino, portador, a su turno de otro “proyecto” vital.

Así el perspectivismo de Ortega, no es sólo su respuesta al idealismo y al realismo; al escepticismo y al abstractismo; es simplemente fenomenológica, en un sentido literal y último. Yerra Ferrater Mora, siempre tan mesurado, cuando le da sentido ontológico<sup>(53)</sup>. El mismísimo Don José en “Tema de nuestro tiempo” y en “¿Qué es la filosofía?”, lo presenta como solución gnoseológica. La realidad metafísica es la existencia. Realidad no substancialista, sino también fenomenológica, real en su dinamismo concreto. Desafiante Ortega escribe: “El hombre no es “cosa” ni “res extensa” ni la “res pensante” de Descartes. “Ud. señor —dice en Goethe desde dentro— no es *cosa* ninguna, sino simplemente el que tiene que vivir *con* las cosas, *entre* las cosas, el que tiene que vivir no una vida cualquiera, sino una vida determinada. No hay vida en abstracto”. No hay verdad abstracta, es el correlato del rechazo del abstractismo substancialista.

Tampoco el pensamiento es algo quieto y dado de una

---

(51) Ob. cit., pág. 32.

(52) “La Filosofía de Ortega y Gasset”, pág. 36: “Ortega declara audazmente que el ser definitivo del mundo es una perspectiva” y a pág. 37... “la doctrina de Ortega hunde sus raíces en un realismo pluralista”...

ver para siempre. El pensamiento no tiene realidad fuera de la vida. No es cosa, ni substancia, sino reflexión: existe y es, en la medida y según es para mí: "Basta con que lo piense, pensarlo es hacerlo, darle el ser" (63).

No vivimos para pensar. El destino del hombre es la acción, no sin previa contemplación. Pensamiento y acción son los instrumentos vitales de proyección, de trascendencia de sí que tiene el hombre. Por eso se trasciende en la teoría y la técnica, que son cristalizaciones de pensamientos. "En vez de vivirla (a la vida) la pensamos. ¡Quién sabe, no obstante, si bajo este aparente ascetismo y distanciamiento de la vida, que es el estricto pensar, no se oculta una máxima forma de vitalidad, su lujo supremo! ¡Quién sabe si pensar en la vida no es añadir al ingenuo vivirla un magnífico afán de sobrevivirla!".

Muerde dentro, acaba de confesarlo en alta voz, el amor acendrado a la trascendencia histórica, a la futuridad última, a la inmortalidad terrena en los anales de la historia y la cultura. Unese así a la metafísica de la existencia heroica y el derecho a la verdad, alimentándose ambas mutuamente, en ese incendio de celo fecundo y poderoso, verdadero estímulo que alimenta la vocación de estudiar siempre y a todas horas. Estudiar con ese amor sin límites y ese afán de penetración y claridad, raíz de su afán filosófico. "La filosofía —revela— es la ciencia general del amor" (64)... "Deja de existir cuando muere el afán de conocimiento".

Más, sin saber, sin cultura el hombre se hunde en la barbarie.

"La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana, como las manos son un atributo del hombre" (65). "*Es ella el plano de la vida*, la guía de caminos por la selva de la existencia". La ciencia es seguridad sobre la vida.

---

(63) Ob. Inéditas. *Qué es la filosofía*, pág. 191, 209.

(64) Ob. Comp. T. I, 316.

(65) Ob. Comp. T. IV, pág. 344.

Más la fabulosa muchedumbre de saberes obliga al educador a no perder de vista “las posibilidades del estudiante” (66).

Sobre la ruta del perspectivismo y el anhelo de trascendencia que muerde la entraña del filósofo, afronta el tema de la frondosidad de bosque tropical” de los programas al uso (mal de España y de América), que en definitiva harán siempre imposible el punto de vista personal, para sumirnos en el abstracto punto de vista desde lugar “ninguno”. Hay que anteponer “el principio de economía” (67), y salvar así el escollo del abstractismo, el utopismo y la mistificación con sus terribles correlatos: impersonalismo, mecancismo, papagalismo. ¿Cuándo encontrar sitio para las iniciativas y actividades creadoras que den rienda suelta a lo original y propio?

Verdad es que necesitamos saber para vivir. Sí. “No podemos humanamente vivir sin ideas. De ellas depende lo que hagamos, y vivir no es sino hacer esto o lo otro. “Somos nuestras ideas. Nuestros actos siguen nuestros pensamientos como la rueda del carro la pezuña del buey”. Pero han de ser “propias” si queremos ser “personales”. No extranjeras al yo. Ortega repiquetea una y otra vez en todos los tonos posibles: “No les hemos dado el ser. Es puro utopismo pensar de gará el momento de comenzar “nuestra vida?” ¿Entramos otro modo?”. ¿Viviremos de prestado siempre? ¿Cuando lle en la peligrosa pendiente de una irremediable renuncia a ser dueños de “nuestra vida”?

Admonitoria resuena la voz de Ortega: “La juventua, la niñez, en el dintel de la vida tiene que vivir por sí, avanzar hacia el mañana que hacia ellos viene”... “no olvidemos que la vida es una trayectoria individual que el hombre tiene que elegir para ser”. “La carrera, toda carrera, no coincide nunca exactamente con lo que tiene que ser “mi” vida.

---

(66) Ob. Comp. T. IV, 334.

(67) Ob. Comp. IV, 234. (68), V. 172. (69), IV, 332 y 334. (70), I. 335.

Incluye cosas que no nos interesan y dejan fuera muchas que nos interesan" (68).

Así como el ESPECTADOR quería ver la vida cual fluye ante él, todo hombre tiene derecho a querer otro tanto. "Urge, pues, instaurar la ciencia de la enseñanza, sus métodos, sus instituciones —dirá nuestro autor— partiendo del humilde y seco principio: el niño o el joven es un discípulo, un aprendiz, y esto quiere decir que no puede aprender todo lo que habría que enseñarle". "No se puede enseñar, sino lo que en verdad se puede aprender con holgura y plenitud" (69) vivirlo por su cuenta, diríamos a lo Dilthey.

Su muy sabia "pedagogía de alusión", no mata la alegría de aprender por sí: "Este bosque benéfico —medita Ortega en la ruta del Quijote—, que unge mi espíritu de salud, ha suministrado a mi espíritu una gran enseñanza. Es un bosque magistral: viejo como deben ser los maestros sereno y múltiple. Además practica la pedagogía de alusión, una pedagogía delicada y profunda". "Quien quiera enseñar una verdad, no nos la diga, simplemente aluda a ella con breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad" (70). Oh! ¡Como se reenuestran los grandes maestros! Vienen a nuestros labios las célebres palabras de Virgilio a Dante: "Mira y pasa, los ríos de sangre deben por mí haberte contestado". La propia visión es insustituible.

Todos somos viajeros ignoras a la postre. Menesterosos, "bestias divinas cargadas de problemas". "Cada vida un caos, una selva, una confusión". "El hombre —cada hombre— se pierde en ella. Más su mente reacciona ante la sensación de naufragio y perdimento" (71).

Los hombres —"insuficiencia viviente, incompletos y man-

---

(71) Ob. Inéditas. *Qué es la Filosofía*, pág. 105.

cos” (72)— necesitan saber y perciben desesperadamente que ignoran. Tal la paradoja sangrante, trágica. Su gloria: poder encontrar vías, caminos, “ideas claras y firmes sobre el universo”, esto es ciencia, cultura... “lo que lo salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea una tragedia sin sentido y radical envilecimiento” (73). Por sobre ella está, pues, la vida, que hace posible la cultura.

#### X. CULTURA VITAL Y EDUCACION VITAL

El imperativo siempre la luz; claridad, nunca sin vida.

Fue para salvarse, que el hombre inventó la ciencia, la técnica, la cultura íntegra. El animal pudo contentarse con mirar el mundo con pupila ausente. El hombre no se adaptó al ambiente, lo enfrentó, lo transformó. El movimiento es inverso al animal. Recalea Ortega cómo la técnica es antítesis de adaptación del sujeto al medio. A la inversa: es adaptación del medio al sujeto (74). Reacciona sobre el contorno, lo “reforma”, no se resigna a someterse. Abre vías, levanta torres, construye puentes, desvía el curso de los ríos. Es el Hércules archimillonario de aventuras y hazañas estupendas. Minuto a minuto, poseído de un frenesí fáustico y creador, planta su vivienda donde le place, desafía el calor o frío polar: el espacio y el tiempo; suprime distancias acumulando inventos y descubrimientos sin distingo entre lo necesario y lo superfluo. Su respuesta es activa, “revolucionaria”, transformadora. No es un pasivo estarse y amedrentarse.

Su gigantesca obra —hija de su ingenio— no es invulnerable. Tiene su simbólico talón de Aquiles: “Una cultura se vacía por el más imperceptible agujero”. Uno de ellos es olvidar que nació de la vida, para salvar la vida.

Doble imperativo cierra el horizonte de su propia exis-

(72) Ob. Comp. IV, 321.

(73) Ob. Inéditas. *Qué es la Filosofía*. 105-106.

(74) Ob. Comp. V, 324.



tencia: salvarse a sí misma, para no hundir al hombre en la barbarie y salvar a la vida su fuente originaria y nutricia.

Ortega con algo de Spengler y de Toynbee, asigna horas vitales a las culturas: horas de nacimiento, horas de anquilosamiento. Más no son acontecimientos ciegos y fatales: tiene en las respuestas del hombre libre su plasma vital: mueren si las generaciones jóvenes no cumplen con su misión de inyectar nueva vida a su ser. Al hombre pues, cabe cumplir con el doble imperativo: "La vida tiene que ser culta, pero la cultura tiene que ser vital" (75).

¿Podrán quedar los educadores indiferentes al doble imperativo o vitalizarán la labor formativa? Falta una conciencia clara del largo ir y venir por los caminos de la historia de la cultura de occidente, para asir las primigenias raíces del mal que introdujo la desvitalización de la cultura occidental, hasta ponerla al borde de un nuevo bizantinismo, a fin de poder cegar las vertientes secretas de la miseria cultural.

Para desovillar una a una los hilos subterráneos de esas vertientes, Ortega tuvo que asomarse a la aurora de la edad moderna, con Galileo y Descartes. Y en "Historia como sistema" (76) va exhibiendo cómo Descartes buscó en la razón el saber "claro y distinto" para andar con seguro paso por la vida, pero con el correr de los siglos, Kant, trasladó al mundo trascendental la reflexión y la "razón pura" quedó erigida en árbitro supremo. Creció la marea racionalista y endiosó la "razón abstracta". El hombre se quedó solo con el juego fantasmagórico de las ideas vacías, de espaldas a la realidad.

Así encerrado en la subjetividad, se vió forzado a buscar salida, y, para hacer pie firme, sólo encontró su "desilusionado vivir". Y él, el hombre del siglo XX tuvo que lanzarse tras un "nuevo cartesianismo de la vida" (77).

---

(75) Ob. Comp. I, 172.

(76) Ob. Comp. VI, 15 y ss.

(77) Ob. Comp. VI, 15 y ss.

No es la empresa totalmente individual. Husserl, Bergson, Dilthey, la han emprendido a su manera y en su momento. A la "razón histórica" de Dilthey, Ortega añade la "razón vital", que sintetiza más adelante en la "razón viviente", compendio de ambas y superación total.

La *razón vivienda* (78) funciona en el ámbito de la vida cultural y la cultura vital, porque el hombre es historia, cambio y vida, realizando valores.

Como personajes protagónicos en el drama de la vida, la creación cultural y la formación de las nuevas generaciones que hacia el porvenir avanzan, cábenos meditar sobre los inminentes peligros que en estos años decisivos acechan la supervivencia de la cultura. Conducidos por Ortega recordemos su "Meditación de la técnica" (79), no sea que deslumbrados por sus éxitos apretemos también el paso para endiosarla —como en otrora a la razón abstracta— matando el germen de vida que trajo en su seno.

"Cultura —ya lo sabemos con creces— no es la vida toda, sino sólo un momento de seguridad, de firmeza, de claridad, de esperanza de felicidad. Tampoco la técnica es toda la cultura, ni la vida, ni el hombre entero y pleno.

"Toda labor de cultura es una interpretación, esclarecimiento, explicación o exégesis de la vida". "La técnica nació al servicio de los proyectos vitales, como técnica primitiva, como artesanía". Luego se transformó en técnica pura que peligrosamente identifica —en la tecnocracia— el hombre con la máquina... "Hace que el hombre puesto a vivir de fe en la técnica y sólo de ella, se vacíe por dentro". Y de puro llena de posibilidades se transforme —como la lógica más formalista— en mera forma hueca e incapaz de apreciar el verdadero sentido de la vida. "Pero la vida humana no es sólo lucha con la materia, sino también lucha con su alma". Si, digamos, técnica sí, pero más vida! Nunca técnica sin vida y sin cultura.

---

(78) Ob. Comp. VI, 49.

Alerta escuchas de avanzada. Educadores: ¡No os embarquéis en un frenético culto del nuevo Moloch, sacrificándole los valores más altos! Por encima de toda técnica, el hombre pleno. Primero, el hombre y su misión de claridad, los valores del espíritu. Y como promotores de un futuro mejor, serenos, desde una pedagogía heroica, conciente, vívida, creadora, pueden firmar para la eternidad una respuesta a Ortega: "Tu siembra Maestro, no ha sido estéril". Sobre sus corazones desde las pampas y estuarios del Plata, reasumen los argentinos la responsabilidad de su propia entrega hacia la misión de luz, de claridad, de verdad, sobre las cosas de la vida y la cultura nacional y de América, para que la vida sea culta y la cultura sea vital.

CELIA ORTIZ de MONTOYA

Rivadavia 315 r. Paraná

